

Representación de la población rural salvadoreña de los años treinta en el costumbrismo literario: el caso de *El jetón y otros cuentos*, de Arturo Ambrogi

Dennis F. Sevillano Payes
Universidad de El Salvador

Resumen

Este artículo centra su interés en cómo el costumbrismo literario, entendido a manera de un concepto artístico representativo de los usos, costumbres y vida cotidiana de una determinada sociedad, (Román, 1998:1) representó la población rural salvadoreña de los años treinta del siglo XX. Para ello se toma como punto de análisis *El jetón y otros cuentos*, del escritor Arturo Ambrogi, cuya publicación, de acuerdo con Ítalo López Vallecillos, se realizó en 1936, cuatro años después del levantamiento armado de 1932. Hecho con que inicia la dictadura militar en El Salvador y que tiene como una de sus casusas principales la acumulación de propiedades en pocas manos, la miserable situación social y económica que padecían los campesinos sin tierras en las fincas de café, principalmente los del occidente salvadoreño (Sevillano, 2012:25). También se hace énfasis en otro tipo de temáticas que el autor aborda en los diferentes cuentos que componen esta antología; por ejemplo, el alcoholismo, la ancianidad, el machismo-paternalismo y las plagas de insectos. Por último, se intenta comprender para quién escribía Ambrogi, es decir, el lector-receptor.

Palabras clave: literatura salvadoreña, Arturo Ambrogi, costumbrismo.

Abstract

*This article focuses on how the literary manners, understood by way of a representative artistic concept of the uses, customs and daily life of a given society, represented the Salvadoran rural population in the thirties of the twentieth century. To do this it takes as its point of analysis *The jetón* and other stories, the writer Arturo Ambrogi, whose publication, according to Ítalo Lopez Vallecillos was held in 1936, four years after the armed uprising of 1932. Made with initiating the military dictatorship in El Salvador and has as one of its main casusas the accumulation of property in a few hands, the miserable social and economic situation suffered landless peasants in coffee farms, mainly those of western El Salvador. Emphasis is also given to other topics that the author addresses the different stories that make up this anthology; for example, alcoholism, old age, machismo-paternalism and insect pests. Finally, we try to understand who wrote Ambrogi, ie, the reader-receptor.*

Keywords: *Salvadoran literature, Arturo Ambrogi, costumbrismo.*

1. La vida de los campesinos sin tierras, colonos y jornaleros en las fincas y haciendas de El Salvador durante las décadas de 1920-1930

Este apartado explica la vida de los jornaleros-colonos y estacionarios en las haciendas y fincas de café, con el objetivo de comprender el contexto histórico de *El jetón y otros cuentos*. Ello permitirá conocer la vida cotidiana rural salvadoreña que el autor trata de ilustrar. El marco temporal se delimita entre las décadas de 1920-1930, que es el periodo de publicación de estos cuentos.

La población rural de los años treinta —entre jornaleros colonos y estacionarios sin tierras— era alrededor de 50,000, solamente en la zona occidental. Esta representaba, de acuerdo a Jeffrey Gould y Aldo Lauria, el 18 % de la población campesina, y quienes vivían, en su mayoría, en las fincas productoras de café (Lauria, 2005:292; Gould, 2005a:292-293). El aumento de este sector rural se debió a la expansión de la superficie cultivada del grano de oro, que ocasionó la reconcentración de pequeñas propiedades de campesinos que se dedicaban a cultivos de granos básicos en proporciones mínimas en fincas cafetaleras; también a las malas condiciones económicas a

las que habían sido sometidos desde las reformas liberales de finales del siglo XIX, por las que no pudieron pagar sus propiedades, por falta de acompañamiento técnico y económico gubernamental. Ellos se vieron obligados a vender o hipotecarlas con cafetaleros de mayor poder adquisitivo (Lauria, 2005). Las diferentes formas de pérdida de las pequeñas propiedades fueron diversas, entre ellas, las deudas contraídas con los finqueros y hacendados, o por presiones de ellos mismos, porque obligaban a los campesinos colindantes con sus fincas a vender sus tierras, con la promesa de que estos se quedarán en las plantaciones como colonos (Lauria, 2005).

En lo que respecta al aumento de la superficie de café, tenemos que para 1916 era de 61,000 hectáreas, mientras que para 1933 había aumentado a 100,000, es decir que hubo un incremento de 39,000 hectáreas, que en porcentaje equivaldría de acuerdo a Aldo Lauria y Jeffrey Gould a un 60 % (Lauria, 2005). Este aumento de la superficie cultivada de café, entre mediados de la segunda década del siglo XX y principios de 1930, fue propiciado por el crecimiento de las exportaciones del grano de oro, que generó a su vez una bonanza nunca antes vista al sector cafetalero. Un ejemplo de ello es la

ampliación en el valor de las exportaciones, ya que de \$7.372.000, en 1915, pasaron a \$22.741.000, en 1928, es decir que hubo un incremento de \$15.369.000 en un lapso de 13 años (Lauria, 2005).

Sin embargo antes de pasar a describir la vida de este sector sin propiedad, es necesario definirlos como tal. Al jornalero-colono de las fincas y haciendas se le entiende como un jornalero, valga la redundancia, sin tierra propia, que vivía en las plantaciones de café o granos básicos y ganado, con sus familias. Trabajaban en fincas y haciendas, a cambio de esto, el latifundista les daba vivienda y una porción de tierra que el jornalero-colono cultivaba dentro de las propiedades del hacendado o finquero. En algunas ocasiones recibían un pequeño jornal, el cual podía ser dinero en efectivo o fichas de metal que solamente podían cambiar en las tiendas de las propiedades. (Alvarenga, 1996: 80; González Sol, 1932:1-5) Mientras que los campesinos sin tierras llegaban a las haciendas y fincas, pero principalmente a estas últimas, en épocas de recolección del café a cambio de prestar mano de obra al finquero este les proporcionaba una mínima ración de alimentos y un pequeño jornal. (Alvarenga, 1996)

Aparte de este sector rural, estaban otros, como por ejemplo

los latifundistas hacendados y finqueros, los «mini-propietarios» o campesinos medios que poseían extensiones de tierras medianas y pequeñas, que vivían en pueblos y que realizaban actividades de producción agropecuaria, se dedicaban a otros trabajos, como por ejemplo el comercio de productos no agrícolas o diferentes oficios como la sastrería, panadería, etc. (Alvarenga, 1996) Como ya se ha mencionado en párrafos anteriores, entre 1920 y 1930, los jornaleros-colonos y estacionarios aumentaron debido a que no tuvieron el apoyo económico por parte del gobierno para retener sus tierras y al incremento de la superficie cultivada de café, que llevó a muchos pequeños campesinos surgidos de las reformas liberales a perder sus propiedades.

De acuerdo con Jeffrey Gould y Aldo Lauria, a principios y mediados de la década de 1930 en el occidente del país vivían alrededor de 55,000 jornaleros-colonos sin propiedad, tal como se ha mencionado en párrafos anteriores, repartidos en alrededor de 3,000 fincas cuya situación social y económica era muy precaria (Lauria: 2005).

Los «salarios» que recibían en algunas fincas entre mediados de la década de 1920 y finales de 1930, demuestran la paupérrima

situación económica y social a la que estaban sometidos tanto jornaleros-colonos como estacionarios en las fincas y haciendas. El jornal que recibían era de 50 centavos antes de 1929, mientras que con la crisis económica de este año el salario descendió a 20 o 25 centavos dependiendo de las plantaciones, cantidad que no llegaba ni aun colón. Sin embargo en algunas fincas y haciendas a los jornaleros estacionarios no se les pagaba con dinero real o en circulación, sino que con fichas de metal que solo podían cambiar en las tiendas de las plantaciones:

Las tiendas de las fincas y haciendas, el objeto es sacarle el dinero pagado al trabajador por su trabajo. Para la fácil consecución de esta finalidad se ha puesto en juego dos medios: primero, prohibir las ventas dentro de la hacienda con penas fuertes como multas, decomisos e inutilización de la venta y segundo pagar con fichas, con las cuales tienen que reintegrar forzosamente el dinero recibido, recibiendo en cambio mercadería de baja calidad y alto precio (González Sol, 1932: 1)

Esta actividad demuestra, de alguna manera el grado de «extorsión» y miseria que vivían los jornaleros-

colonos y estacionarios en las haciendas y fincas cafetaleras. Otra medida que demostraba la miserable condición de este sector, es la alimentación que se le proporcionaba en las plantaciones de café y haciendas, que consistía en una ración de 2 tortillas con frijoles, las cuales se les daban en 2 tiempos de comida, por lo general en la mañana y en la tarde, se estima que la inversión por parte de los finqueros en la alimentación de los jornaleros colonos y estacionarios era de 0.2 centavos de dólar por día:

El personal de una hacienda o finca a excepción del administrador o mayordomo devenga (sic) antes de la actual depresión (1929) económica 0.50 centavos de colón al día y solo dos tiempos de comida compuestas de tortillas y frijoles. En las propiedades agrícolas donde no se producen estos granos, se tiene cuidado de comprar los más baratos, de mala calidad, picados y nacidos o sea con hongos. En la actualidad se paga casi en todas partes la mitad de dichos sueldos (0.25 centavos) en todas partes la mitad de dichos sueldos y solo dos tiempos de tortillas y sal, ya sin frijoles (González, 1932:5).

Además de la mezquina cantidad de alimentos, los granos que se ocu-

paban: **maíz y frijol** eran de mala calidad. Patricia Alvarenga menciona también, que en algunas fincas estaba en vigencia la costumbre que el administrador castigara a los peones negándoles la comida, para ello pone como ejemplo el caso del conflicto entre el administrador de la finca de don Manuel Portillo, Lorenzo Samayoa, y el peón Daniel Zaráno, en el que Samayoa decidió castigar a Zaráno por su bajo rendimiento en el trabajo, negándole su ración de comida. Mientras que el peón en respuesta al castigo atacó al administrador con el corvo¹. Otro hecho de violencia en contra de los campesinos se dio en una finca ubicada en las cercanías del río Sucio:

Se ha presentado al hospital Rosales el señor Julio Andrade acompañado de su hijo de Andrés del mismo apellido demandando curaciones para el segundo. Fuimos informados por el padre de Andrés, del atentado criminal de que fuera víctima su hijo en una finca situada en jurisdicción del río Sucio. Nos refiere que se hijo se encontraba trabajando en el citado lugar, propiedad de don Carlos Escobar y que por haber arrancado su hijo una matita que un caporal de nombre Vicente había sembrado, este aprovechándose de un momento que Andrés es-

taba descuidado le propinó tremendo machetazo que le dejó en vilo el pie izquierdo. Consumado el atentado huyo (Prensa Grafica, 1939:11)

Esta situación de explotación económica y social que el campesinado vivía dentro de las haciendas y fincas de café llevó a muchos jornaleros a cometer actos delictivos en contra de la propiedad privada. En el fondo judicial, sección juicios criminales del Archivo General de la Nación, hay muchos casos de estos delitos que se dieron durante los años veinte, principalmente en las fincas del departamento de La Libertad, un ejemplo de esto es el de Santiago Téllez y Santiago Cortez, expeones de la finca de don Roberto Guirola, ubicada en la jurisdicción del pueblo de Colón del mencionado departamento, acusados por el administrador de esta propiedad, Juan Uriarte Guevara, del hurto de dos mulas de la finca de Guirola.

Señor juez de 1^a. Instancia de lo criminal. Juan Uriarte Guevara, mayor de edad, tenedor de libros y de este domicilio, ante Ud. Con todo respeto expongo: que según consta de la copia que presento para que acompañe, se agregue aquella y se me devuelva aquél (sic). Soy administrador general de las fincas de don

1 Alvarenga(2005)

Roberto Guirola y en esta virtud, vengo a denunciar el hecho siguiente: en la madrugada del día veinticuatro de julio del año corriente, fueron robados de los potreros de la finca Asunción dos machos de propiedad de don Roberto Guirola, uno tordillo salpicado cajudo (sic), y otro moro oscuro con la cola recortada herrados con el freno de la hacienda de la presa. Tan pronto como se medio parte de la desaparición de los semovientes (sic) en referencia mandé a varios individuos conocedores en su busca y de las indagaciones hechas, resultó que los individuos que sacaron las bestias de los potreros son: Santiago Téllez y Santiago Cortez ex pioneros de la finca que yo administro, habiéndoles ayudado el individuo Carlos Hernández, como a las cuatro y media de la mañana de ese día y en el camino que conduce de la finca de la Asunción por el pueblo de Colón, los individuos Mateo Pérez y Gerardo Contreras; encontraron a Téllez y Cortez conduciendo los mencionados animales (AGN, 1935:5)

Otro ejemplo de hurto en los latifundios es el de Luís Zelaya de Usulután, quien, aquejado por el hambre, no tuvo otra opción que robar

y matar una vaca de la hacienda de la sucesión de don Salvador Flores:

Luís Zelaya del cantón el Oeste según nos refiere tiene varios días de no trabajar por no encontrar donde poder hacerlo. Hace tres días desesperado y acosado por un hambre atroz, salió hacia la hacienda "Quira-buela" (sic) de la sucesión de don Salvador Flores. Al pasar por un potrero vio una vaca gorda y le dieron tentación de matarla y poder así saciar su hambre devoradora. Pensarlo y hacerlo todo fue uno. La agarró la llevó a la orilla de un río que cruza una montañita y allí la degolló. Ya nos imaginamos lo que pensaba el pobre y desventurado hombre cuando hacia pedazos la carne de la vaca. Una vez que saco bastante carne del animal se fue a donde el colono de hacienda que le diera a donde guardar el poco de carne de venado que llevaba. Don Pedro expuso a la guardia nacional y una pareja compuesta de los agentes Ángel Alegría y Juan R. Vásquez salió para el lugar. Se le capturó y ha declarado cosas dolorosas. Dice que no encontrando trabajo y lleno de un hambre que le consumía las tripas (sic) no encontró otro remedio que matar a la vaquita para poder alimentarse. Nosotros vimos al pobre

hombre sucio, con un vestido deshilachado que y cadavérico da la impresión que en verdad lo ha hecho robar la necesidad. Está preso y la justicia que no entiende de perdonar tales recursos atentarios (sic) contra la propiedad ajena se viera (sic) obligado a castigarlo como se merece (Bisemanario de Usulután, 1934: 4)

Este caso no es el de un colono o campesino estacionario, pero ilustra la difícil situación económica y social que vivía la población pobre del campo en general del país. Con semejantes condiciones de desdicha económica y de marginalidad social, es lógico que cometieran el delito del hurto en las fincas y haciendas. Este tipo de situación generó inestabilidad social en el país, que aunado a otros problemas como por ejemplo la crisis de 1929 y la introducción de ideas socialistas, generó una de las mayores revueltas campesinas que El Salvador ha sufrido a lo largo de su historia, que fue la de enero de 1932.

2. Introducción a la temática de *El Jetón*

El hilo conductual de *El jetón...* gira en torno al conflicto de clases y étnico entre el finquero criollo y dueño de la finca El Socorro, Rafael

Abregos y Jacobo Maltés, indígena apodado «El Jetón», trabajador estacionario y plantillero que fue maltratado por el terrateniente. Jacobo era amante de Juana, que a su vez había sido pareja de Rafael, a quien abandonó por el mal trato y vejaciones que le infringía. La acción del cuento se desarrolla en el estanco o cantina de la Juana, una noche que Rafael y sus amigos de parranda llegaron al pueblo en busca de tragos, encontrándose con la sorpresa que El Jetón era el «marido» de Juana, cuyo estanco Rafael había ayudado a fundar con fondos económicos.

El finquero terrateniente: Promiscuidad, inmoralidad y odio de clases

La primera descripción que realiza Ambrogi del finquero corresponde a la de don Rafael Abrego. Abrego representa el estereotipo del cafetalero autoritario, promiscuo, inmoral que por su poder económico puede tener sexo con cualquiera de sus trabajadoras. De acuerdo Ambrogi, Abrego era un seductor y posesivo que abusaba de cualquiera de sus trabajadoras no importando sus consecuencias. Para ejemplificar lo mencionado, Ambrogi describe como antesala a la acción principal, que se desarrollará más adelante en el estanco de Juana, la relación sentimental en-

tre don Rafael y la Chele Nela, hija de don Bibiano, campesino estacionario que trabaja en la plantación de don Rafael, durante la época de corta del café:

Cuando llegaba la temporada del corte en el Socorro el señor Bibiano y su hija se trasladaban a la finca. El se ensanchaba como pesador en el beneficio y la muchacha iba con las cortadoras a los cafetales. Fue así como el patrón pudo verla y se la pidió el cuerpo. Cuando la Nela llegaba con las otras cortadoras a entregar sus canastas de grano, don Rafael que andaba siempre por allí, la detenía para embromarla. A la muchacha vanidosilla de por sí como lo son todas las muchachas a los diez y ocho años, le agradaba que la bromeara el patrón aunque muchas veces esas bromas no fuesen del todo convenientes. De la broma el patrón se escurrió al requerimiento, y de allí paso a los manejos que turban. La muchacha acabó por calentarse y sucedió lo que es lógico que en esos casos suceda (Ambrogi, 2000: 9)

Esta actitud de promiscuidad por parte del patrón generó un embarazo, el niño vivió poco tiempo, en el que don Rafael no se preocupó, hecho que molestó a don Bibiano,

padre de Nela

Entre tanto la Nela resulto embarazada. La nana notó la barriga, que la muchacha trataba con mil ardides de disimular. No le dijo nada; pero fue con la noticia donde el padre, que casi se murió de la rabia al saberla. Al someterla a un interrogatorio y confesar la muchacha, se indigno tanto, que agarró a sopapos y patadas a la hija indigna. La muchacha le dejaba hacer. Para eso el era su tata y bien merecido se lo tenía por sencilla y por creída y por babosa. Junto con el desprecio a la hembra preñada surgió en el señor Bibiano el rencor al seductor, al amo omnipotente que así por así pateaba la honra de los desgraciados (Ambrogi, 2000:9-10)

En efecto, Ambrogi ilustra con esta acción de promiscuidad sexual y seductora, el daño a la honra del padre campesino al aprovecharse de la ingenuidad de su hija. Actitud que pisotea el ego machista y de alguna forma paternalista, y la dignidad del campesino pobre, y por consiguiente, engendraría el conflicto de clases, ese desprecio del jornalero hacia el patrón finquero, por esa cultura autoritaria y que tendría consecuencias violentas que aunque Ambrogi no menciona,

pero que de alguna manera están intrínsecamente planteadas en el cuento, como lo fue el levantamiento armado de 1932. Con este episodio Ambrogio da a entender como esta práctica sexual inmoral, derivada de alguna forma del machismo y la prepotencia, da como consecuencia el odio de clases patente en esta década y que degeneró en la desestabilización de la sociedad salvadoreña.

La cosificación de la mujer campesina en la visión del finquero salvadoreño

Con el relato anterior, podemos observar cómo la visión del finquero hacia la mujer es de valor utilitario. Sin embargo, esta parte la describe de mejor manera el autor durante la trama principal que se desarrolla entre don Rafael y Juana la estanquera, cuando el primero se dirige al estanco por necesidad sexual, placer y satisfacer su gusto a las bebidas embriagantes

Los jinetes rezagados dieron alcance a don Rafael cuando este se detenía frente a la puerta del estanco de la Juana. Era eso lo que intentaban de evitar ellos, y el motivo de las recientes en la esquina de la plaza. Don Rafael había tenido que ver con la estanquera. Él le había puesto el estanco. Cuando don Rafael no ve-

nía hasta el pueblo a dormir con ella mandaba al Janiche a que la llevara a la finca. La Juana había sido buena moza y aun lo era. Las relaciones habían concluido una tarde en que don Rafael borracho había llegado al estanco con los Chinchilla y armado la gran somotana. Había rotos garrafas y copas, reventado los cuatro taburetes que habían desvenecado la mesa y corrido pistola en mano a la clientela. Por último había agarrado de las mechas a la Juana y la había arrastrado por los suelos. Después de golpearla bárbaramente se fue seguido con sus amigos a continuar la parranda al otro estanco (Ambrogio, 2000:11)

En este relato podemos observar la visión que el finquero salvadoreño de los años treinta tiene de la mujer campesina. Visión de la cosificación de la mujer de estratos más bajos, es decir, observarla solo como un objeto de placer sexual y satisfacción, sin tener en cuenta la personalidad; posesivo y de cierta manera misógino, que demuestra su barbarie machista. Estereotipo que de alguna manera permeó durante las primeras décadas del siglo XX y que Ambrogio calca de manera simétrica en la personalidad de Rafael Abrego.

La visión explotadora del finquero intransigente y el

conflicto étnico criollo-indígena

El encuentro entre don Rafael Abrego y el indígena Jacobo (El jetón) muestra el conflicto étnico y de clases que se desarrolló en los años treinta en la sociedad salvadoreña protagonizado por el finquero criollo y el campesino indígena. Para ilustrar este episodio Ambrogi describe lo siguiente:

Don Rafael y sus acompañantes oyeron crujir las correas de cuero de la cama, levantarse a alguien e instantes después aparecer, en camiseta bostezando a un hombre que sin darles las buenas noches siquiera fue a pararse frente al mostrador apoyando una mano en el borde, mientras se metía la otra al bolsillo del pantalón. Era un hombre delgado, lampiño, cerrado de pecho, caído de hombros. Tenía los brazos más largos de lo habitual y las manazas huesudas cubiertas de vello, la nariz chata, abría sus fosas atrompetadas sobre una tumefacta. Solo los ojos, unos ojos de pescado, sin pestaña detallaban en la tez cobriza del rostro jalado y triste con inesperados reflejos de ágata de dónde esos ojos, que padecían de los demás detalles autóctonos de aquella fisonomía. Era un verdadero ejemplar de indio sano y fuerte. Se quedó fijo, mudo, la mirada dura cla-

vada en los recién llegados. El indio preguntó. ¿No me conoce, don Rafail? De reconocerle. Reconocerle. Recurría a su memoria un tanto olvidadiza. Retrocedía el recuerdo. Nada. Pero la verdad era que aquella sonomía no lo era, por completo desconocida... En alguna párate alguna vez.... Un día.... Pero nada concreto obtenía de aquel esfuerzo mental. Comprendiendo la indecisión en su antiguo patrón estaba e, el indio, sacándose la mano del bolsillo y pasándosela por la jeta dijo: soy el indio Jacobo. Si arrecuerda (sic). Si. Jacobo Maltes, que le dicen el Jetón por mal nombre. Don Rafael volvía a hurgar los últimos pliegues de la memoria. No si arrecuerda. Pues yo soy el indio Jacobo aquel plantillero de café qui usted mandó amarrar a un pilar del corredor del "Socorro" y le hizo dar verga. Si arrecuerda ahora. Como no recordarse de eso don Rafael. Perfectamente recordó la repugnante escena. En una de sus borracheras había mandado amarrar al pobre indio a un pilar del corredor, y sus capataces, verdadera horda de bandoleros, le habían cruzado el lomo con sus aciales de cuero trenzado, y todo por el delito de reclamar, integro su salario. Después de golpearlo bárbara-

mente lo habían remitido, amarrado a la población vecina para que ahí lo remitieran al cuartel como recluta. Pero lo que no pudo llegar por sus pies a la capital (Ambrogi, 2000:15-16)

En este párrafo podemos observar el trato cruel e intransigente de parte del finquero hacia el campesino indígena; vejaciones y humillaciones que se vivían en las plantaciones de café engendraron el conflicto de clases-étnico que de alguna forma representaba con cierta preocupación Ambrogi, quien no justifica este trato, sino más bien lo condena como causa principal de la desestabilización que pasaba el país. Esa mentalidad cerrada de no querer mejorar la situación económica del campesinado indígena no tenía que ser por buena voluntad, sino más bien por conveniencia, para evitar resentimientos sociales que desembocarían a nivel colectivo y que propiciarían ciertas situaciones convulsas como la de 1932.

Representación del indígena

La representación del indígena de acuerdo Ambrogi es la de un ser miserable, que sufría las vejaciones y malos tratos infringidos por el cafetalero y que, por tanto, generaba ese odio hacia el terrateniente:

Era un verdadero ejemplar de

indio. Sano y fuerte; pero llevado encima, como un fardo agobiante, el legado de miserias de tristezas y de amarguras de sus exterminados ancestros (Ambrogi, 2000:15)

En efecto, el autor describe esta miseria y tristeza heredada por sus ancestros provocada por el hombre blanco, enraizadas en la personalidad y conciencia del indígena salvadoreño. Estas condiciones de miseria de alguna forma habían desembocado el odio de clases - étnico que caracterizó este periodo.

El indio Jacobo recordaba y conservaba vivo su rencor hacia su verdugo. Algún día y al parecer ese día había llegado (Ambrogi, 2000:16)

Ambrogi menciona como causa principal de este descontento, la intransigencia de algunos finqueros. De igual forma, el autor representa de manera natural la inferioridad del indígena ante el terrateniente blanco.

Mientras tanto el indio estaba como sobre ascuas. Comprendió y era natural, que la Juana prefería al blanco. Al patrón. Al rico. Se mordió los labios con disimulo se tocó el puñal. Pero se contuvo. La Juana lo dominaba a él también. Pero no era lo

suyo un dominio igual al de don Rafael. Don Rafael era un señor y rico. Con todas las prerrogativas del señor y del rico. Podía ultrajar. Podía pegar. Podía romper garrafas de guaro. Para eso lo pagaba todo. El ultraje. El golpe. El al contrario era un pobre diablo. Sin trabajo, hambriento amarrado a la Juana. Era su destino de indio y de perro. (Ambrogi, 2000:19-20)

Podemos observar que si bien Ambrogi tiene una preocupación por la situación desestabilizadora generada por el conflicto de clases-étnico, entre indígenas y finqueros criollos, por las malas condiciones de vida en el campo, cultura y mentalidad autoritaria del cafetalero, este da por sentado que de alguna forma estas condiciones y esta rivalidad son frutos de la superioridad natural racial, sexual y económica que posee el finquero criollo sobre el indígena, que por su condición biológica y social de haber nacido y de pertenecer a esta etnia era natural que sufriera este tipo de marginaciones.

De alguna forma esta visión es un tanto decimonónica, representando siempre al hombre blanco como portador del progreso y superior al indígena bárbaro, anclado culturalmente, sin embargo el autor critica la falta de condicio-

nes mínimamente adecuadas, que se debieron propiciar en la campaña para evitar la desestabilización social, esta postura es retomada, me atrevería a decir, de la doctrina del *minimum vitae* del laborismo inglés, adaptada a la realidad salvadoreña por parte de Ambrogi, con la salvedad de que para Ambrogi, el hombre blanco siempre estaría dominando al indígena por una cuestión biológica natural.

La mujer campesina y la superioridad sexual del cafetalero criollo

Es muy interesante observar el papel de la mujer campesina en la obra ambrogiana. Para Ambrogi, la mujer campesina salvadoreña es ingenua y sencilla, tipificando el estereotipo de la fémina de la época. El personaje que describe este estereotipo es Nela:

Grandísima puta y solo eso juiste hacer al Socorro le gritaba golpeando recio y seguido: la muchacha le dejaba hacer, para eso el señor Bibiano era su tata. Y bien merecido lo tenía por sencilla, y por creída, por babosa. (Ambrogi, 2000:18-19)

Para Ambrogi la mujer campesina salvadoreña representaba lo incivilizado, lo sencillo y por esa sencillez típica de la barbarie rural, daba

por sentado que el patrón-criollo y blanco de alguna forma se aprovechará. Sin embargo, Ambrogi menciona como la mujer campesina que no especifica por cierto a qué grupo étnico pertenece, se decanta siempre por el hombre blanco y no por el indígena, muy a pesar de los malos tratos y cosificación que realiza el hacendado criollo:

La apretaba fuerte. A pesar de su protesta. La Juana se dejaba sentía que aunque no quisiera, aquel hombre la dominaba todavía, como la había dominado antes, totalmente. El recuerdo del hombre limpio, del macho aseado, sin el mal olor del patudo, blanco y bien formado, perduraba en su recuerdo sensual. Sintió que de nuevo lo deseaba. Vibró del intenso ardor de antes. Comprendiéndolo se soltó a los brazos que la encadenaban (Ambrogi, 2000:18-19)

En este párrafo Ambrogi retrata la superioridad sexual y social del hacendado blanco, y cómo estas características se transforman en seducción en la mujer campesina, simplemente porque el hombre blanco es más fuerte alto y bello, prácticamente porque es una ley natural de superioridad. Esta visión es muy propia del darwinismo social y muy positivista, en tanto que Ambrogi da por sentado que la

selección natural sexual de la mujer campesina salvadoreña está determinada, aunque ella no quiera, por la supremacía natural de la raza blanca.

El medio físico y la determinación de la cotidianidad en «El arreo»

En el cuento «El arreo», que se presenta en *El jetón y otros cuentos*, Ambrogi plasma a cabalidad cómo el medio físico determinaba de alguna forma la cotidianidad del campesino salvadoreño, en este caso, la conducta. El hilo conductual de este cuento gira en torno a cómo la pérdida de una vaca, a causa de la sequía, genera una conducta de solidaridad dentro del campesinado. Es decir cómo los vecinos ayudan al campista encargado de cuidar el ganado a buscar el hato que estaba extraviado.

Uno de esos veranos que hacen época y el recuerdo de cuyos estragos, perdura en la memoria de la gente durante años. La sequedad de la tierra era tal, que había requemado hasta la última brizna de pasto; y el aspecto de desolación y tristeza que presentaban los campos, angustiaba el alma. El crudo sol, como un caustico. La absoluta falta de la menor ráfaga que refrescase un tanto si fuere, la atmosfera,

caldeada en exceso, desasosegaba al ganado que jadeante, mohíno, hundidos los ijares y desnudas las costillas, iba, con la mirada vidriosa y babeante el belfo, recorriendo los rumbos todos de los agotados potreros. Buscaba la sombra enrarecida de los pocos árboles que había para librarse de la fuerza del sol, y adormilarse al abrigo exiguo, tratando de esa manera darle tregua al hambre. En los potreros de el bajo habíase presentado caso de muerte. Cada día los campistos que los encontraban, rígida alguna res. Veíase además por varios lugares apartados, revoloteo de zopilotes señal inequívoca de que por allí se descomponía el cuerpo muerto de algún animal. (Ambrogi, 2000:18-19)

Como podemos observar, Ambrogi presenta detalles precisos sobre la campiña salvadoreña y su clima, enfáticamente la sequía, que de alguna forma afectó la cotidianidad y vida productiva del campesino de los años treinta, principalmente la ganadería. Sin embargo, este cuento se centra principalmente en cómo esta sequía determina la conducta del hombre del campo y despierta el valor de la solidaridad.

Al día siguiente, muy de mañana, comenzó el arreo del

ganado, recogéndolo y reuniéndolo todo en la planería, junto al caserío de la hacienda. Hasta aquel momento, todo había ido bien. La dificultad se presentaba ahora en el potrero del Guarumo quemado, que era el más extenso y enmontonado de todos. Habían bandeado el ganado por los cuatros rumbos entre los resecos matorrales, en que las varas del chichiguastón y al pie de las rinconadas apartadas en que la hoja seca crujía como el cascajo, escudriñando por entre los agrios breñales del barranco. Las reses salían como azoradas, con las dilatadas pupilas estupendas de patacones. Se iban trotando hasta entrara en un callejón alambrado a ambos lados, y al llegar a la puerta de golpe, se quedaban allí amontonadas. Toribio discurría por entre los animales, contándolos y a la vez examinándolos. Cuando hubo concluido, se acercó al grupo bajo la escasa sombra de un papaturro, formaban los campistos. Para descansar con más comodidad, había descabalgado y con el codo apoyado en la zalea que recubría el asiento de albarda formaban grupo, chucaneando entre ellos dijo. No beyó a la prieta, ahí si mesmo no beyó al Zonto. Toribio, que contaba cerca de treinta años. No están

preguntaron a un tiempo todos los campistos. No, no están los hemos buscado y no los beyó. Serapio, uno de los muchachos del compadre Entino Torres dijo por ahí deben de estar enzucunados vayan pué ordenó Toribio. Si habrán pasado el arrozal. Fermín royéndose la uña del dedo gordo gesto habitual en él advirtió si habrán pasado al arrozal. Fermín era un viejo colono del bajo. En la hacienda tenía su rancho de paja, su pedacito de huerta, su mujer sus cuatro cipotes, que allí habían nacido, su yuntita de bueyes propios en terrenos que el patrón le facilitaba, sembraba todos los años sus tareítas. Puede ser aventuro Serapio (Ambrogi, 2000:31)

La cotidianidad y el valor de la solidaridad, según Ambrogi, está determinada por el medio geográfico el clima y sus elementos, en este caso, la sequía. Ambrogi deja entrever como este principio condicionado por el medio está relacionado de manera indirecta con el noble salvaje.

3.1 La lluvia y la tertulia

La cotidianidad en el campo ha sido determinada por la geografía física y el clima, principalmente. Durante las primeras décadas del

siglo XX, esta característica marcó de manera directa la sociedad salvadoreña, debido al contexto y a la ruralidad preeminente que privaba en la totalidad de la población. Los elementos naturales, entre ellas las plagas de insectos como los acridos (langosta o chapulín), y las inclemencias del tiempo como las sequías y las lluvias torrenciales fueron una constante en la historia climática de nuestro país. De acuerdo con Ambrogi, estos elementos dejaron su impronta en la cotidianidad salvadoreña de la época en cuestión.

Ya hemos visto como Ambrogi representa, desde su visión costumbrista, el valor de la cotidianidad determinada por los cambios climáticos; en este caso, por la sequía, ahora veremos cómo las lluvias determinan otra parte de la cotidianidad y para ello tomaremos como ejemplo el cuento corto «Cuando brama la barra». En este relato Ambrogi representa la influencia de las lluvias torrenciales en el desarrollo de la tertulia es decir en la comunicación oral. La trama gira en la hacienda del medio del valle y sus protagonistas son el mayordomo, el corralero y su mujer que, por el temporal, son obligados a quedarse en casa y a tertuliar, es decir, a conversar.

Amenaza temporal, vaticinaba el viejo corralero cada tarde al

arrear al corral de piedra las setenta vacas de ordeño. Y esas tardes que entonces había, y que originaban los vaticinios del viejo corralero, eran tardes enfurruñadas. Tardes hostiles, en las cuales el cielo se enca-potaba demasiado temprano. Tardes de un gris pronunciado. Tardes frías. Desapacibles. El sol trataba de escurrirse lo más pronto posible, y ahí se quedaba arropado, cautivo en su fuga, entre las redes de la bruma de los cerros. Se quedaba ahí brillando opaco y descolorido como una gran esfera de cristal esmerilado. Parecía que la lluvia, condesada en las nubes flotando, estuviera a punto de caer. Y no caía. De pronto el viejo corralero andaba con sus gentes arreando vacas, comenzó a llover de veras, parejo tupido. El mayordomo, el corralero y las bestias se enredan en la trama de la lluvia anuda con la niebla que baja de las montañas o surge de los pantanos. Esa niebla que el viento tunde, que el viento despedaza en jirones, se arrastra por los suelos, se enreda entre las ramas de los árboles o en los brotones de los cercos o en la punta del zacate o flota a flor de tierra traída y llevada por el capricho impetuoso del mismo viento. Chapaleaban con los cascos en

el fango de las calles alambradas que dividen los potreros y la lluvia escurre sobre el hule de las capas con que los jinetes se abrigan. Qué te parece esta llovedera Tacho. Mala hombre Jesús. Dice un jinete a otro. Y es mucho llover. Y el ganado dice uno. No hay novedad. Ninguna hasta el momento contesta el otro. Hemos andado casi todo no hay más que los porteros están estas que son un puro lago. El agua llega hasta los animales casi hasta al corvejón. Con tal de que baya suceder nada grave. Primero Dios dice una voz ronca. Es la Marcelina que hasta ese momento no ha tomado parte en la conversación. Los jinetes no la habían visto. Se agachan sobre el cuello de las bestias, y divisándola que está en medio del rancho de cuclillas junto al brasero de barro, ocupada en atizar los carbones con un pedazo de chete viejo la saludan,

—Que tiempo más amolado, vos Marceliná.

—Bien malo Jesús. (Ambrogi, 2000:31)

Ambrogi relata a cabalidad como las inclemencias del tiempo en la campiña salvadoreña de los años treinta, delimitaba ciertos aspectos de la cotidianidad entre ellos

las tertulias. Ambrogi deja entrever en este cuento como el campesino está regido por los cambios climáticos, y el medio geográfico. Esta visión contrasta con la idea liberal individual que privaba en la que el individuo, el ser humano urbano se rige por su voluntad por el tiempo construido por el mismo en función del progreso y no de la naturaleza, hecho que de alguna forma en la visión de estos intelectuales constituía un freno al progreso de la nación.

4. La visión contrastada de la ancianidad en las áreas urbanas y rural

La visión de la ancianidad comparada entre las sociedades urbanas y rurales, según Ambrogi, está determinada por la pobreza. Sin embargo Ambrogi se centra en otras circunstancias que de alguna forma el autor intenta explicar y darle mayor relevancia, por ejemplo la visión más humana que tenía la gente del campo sobre la ancianidad en general.

Era cierto, la nanita lo sabía perfectamente, que ahí en el pueblo, la gente la creía en íntimas, en estrechas relaciones con Satanás y su cohorte. Lo comprendía en las miradas recelosas que la dirigían en la rápida escabullida, tras los cercos de piñas, de

los niños, con quienes la casualidad le deparaba el encuentro. Corrían desolados, temblorosos, en busca de la madre y se refugiaban, sobrecogidos de espanto, desencajados, cerrando los ojos, tal como si quisieran así alejar una visión horrible. Pero esos mismos niños nunca la injuriaban, ni menos la perseguían y lapidaban. Que es hijo preguntales, asustadas, las mujercitas. Nana Jacinta. Y se quedaban ahí acurrucados, sin dejar de temblar y por la noche su sueño inocente era turbado por el recuerdo de la nanita pasando por el camino solitario, con su atadito de chamiza en la cabeza y su canastillo bajo el brazo, arrebujada con los pliegues de su rebozo color rata montes. (Ambrogi, 2000:47-58)

Es interesante observar esta visión romántica y moderna que tiene Ambrogi sobre el campesinado con respecto a la bondad y el respeto a la ancianidad, al mencionar como la gente del campo se solidariza y respeta más este sector de la sociedad que las personas de la ciudad. Es evidente la visión pagnéfrica de Ambrogi sobre el campo por sus virtudes humanas y un desprecio por la deshumanización de la ciudad, de lo urbano, lo banal y superfluo principalmente la

juventud. Sin embargo esta visión está muy relacionada con la del noble salvaje, en tanto que se presenta cómo el campesino rústico posee una personalidad más pura, muy a pesar de su retraso cultural en sus virtudes y en su humanidad, sin embargo, este estado puede ser afectado de alguna forma por la llegada de la urbanidad, sus vicios y desigualdades traídas por un liberalismo mal interpretado que ha causado los hechos convulsos que Ambrogi pretende explicar en este cuento.

Los valores de la solidaridad y el respeto son claves en este cuento. Valores que según Ambrogi los poseen la gente del campo y no la citadina.

Y la nanita agachándose sobre el cajón, vacío ha principado a comer. Ha ido royendo el borde grueso de la tortilla, royéndolo como un ratoncito, ligerito, muquean qué con idéntica movida. Todita la cara se le mueve. Las profundas arrugas y los pliegues que la cruzan, bailan una zarabanda. La boca se contrae. Luego se le infla, como un diminuto fuelle. Los ojitos zarcos, bajo el breñal tupido de las cejas hispidas, brillan como dos güistes. La nanita mete un pedazo de tortilla en el caldo espeso, en que flota la masa deshecha de los guineos y la hilacha de los

pitos tiernecitos y luego lo retira, hecho sopa. La nanita se lo lleva a la boca, y lo comienza a mascar. La nanita tiene apetito. La nanita tiene siempre donde comer. La gente del monte es buena con ella. Siempre que llega algún rancho, hay en las cocinas algo que brindarle: su poquito de con que, un pedacito de batido, shashama. (Ambrogi, 2000:55)

En efecto, Ambrogi es un tanto crítico de su época de su sociedad, es evidente la influencia del pensamiento de Rousseau en Ambrogi, al ser crítico a su sociedad, específicamente, a la urbana, al observar cómo el ser humano en su estado más puro, salvaje o rústico es bueno por naturaleza, y no está contaminado por la maldad del urbanismo. Al mismo tiempo podemos observar como la situación en el sector rural es muy paupérrima y miserable por el descuido, la despreocupación y el desprecio de los sectores dominantes urbanos y del gobierno mismo, principalmente en los segmentos más indefensos como lo son ancianos. Sin embargo su postura liberal y racista influenciada por el positivismo, al observar como algo natural la inferioridad del indígena y del campesino, está muy presente, tal como lo veremos a continuación.

La representación de la terquedad del anciano indígena

Si bien Ambrogio representa la bondad y la nobleza del sector rural, por otra parte, también está muy presente su visión racista. Esta queda al descubierto en la muerte del rey moro en la que su perspectiva liberal y, desde su pertenencia social, presenta al indígena como inferior al blanco; al criollo, soberbio ignorante y terco, visión que está condicionada por su afiliación étnica.

El señor Margarito Torres, el viejo rey Moro, se resistía a morir. Un largo mes hacia que guardaba cama, y el médico que había llamado de la capital para verle, había dicho a la señora Medarda Vásquez, sin andarse con ambages: es la maquinaria que, gastadas las piezas se resiste a caminar más tiempo. Hay que tener resignación y esperar visita, incluso las cuatro del alquiler del desvencijado carruaje de punto, la señora Medrada Vásquez supo armarse de resignación y esperar tranquila a que, el resto de vida que alentaba aun en el cuerpo decrepito del cónyuge se extinguiera tranquilamente. El viejo rey moro se resistía a morir. Se agarraba a la vida con la tenacidad del molusco que se pega a la roca musgosa. Cierzo era que no se morirá de ninguna enferme-

dad. Se morirá de puro viejo. De puro inútil. De puro estorboso. Chupadito todo el como un cuchampel sancochado. Caminaba encorvado a pasitos vacilantes y temblorosos sobre las flacas piernas. De estatura mediana un tiempo, parecía, con los años haberse ido achicando, comprimiendo. Arrastraba los pies, apoyando su paso fatigado en lo recio de un bastón de madera de memble. La vista se le extinguía. Iba casi a tientas, tanteando terreno con la punta de sus zapatos de becerro, golpeando con la contera del bastón en las losas de la acera, o en el zoca boca, de los labios hundidos y mamonnes como los de un niño recién nacido, no restaba huella alguna de dentadura. Como buen indio que era, fueron las canas las únicas que pudieron hacer mella en él. La cabeza la tenía toda de color de yesca; pero sin una entrada siquiera sin asomo alguno de calvicie. Sin embargo aquella ruina humana se emperraba en no desmoronarse. Se mantenía en pie, a pura fuerza de voluntad a puro apego terco a la vida (Ambrogio, 2000:85-86)

Como se puede observar, la descripción es despectiva. La definición de terquedad utilizada por los intelectuales liberales de principio

de siglo XX, y que utiliza Ambrogi para caracterizar la negativa de aceptar la muerte de manera estoica y racional por parte del indígena Margarito Torres, hace referencia a la necesidad, a la irracionalidad e inmadurez de la niñez que caracterizaba al indígena, visión que se extendió desde la colonia hasta los albores del siglo XX (Zarate Vidal, 1998a: 1-15), personalidad que los hacía estar en condiciones de inferioridad ante la madurez personal del blanco civilizado. Lo mencionado anteriormente queda plasmado al describir cómo el indígena Margarito Torres en su época de juventud, quedó impresionado por el porte y elegancia del capitán general Gerardo Barrios, cuando este sirvió en las milicias del caudillo:

La facha atuendos de don Gerardo Barrios, lleno de doraduras y de revuelo de plumas, impresionaba a los ingenuos soldaditos. Pasaba ante ellos, brioso alazán, bicornia en mano, en la propia actitud. Los indios se quedaban papos contemplándole. Regresó con Barrios a la republica y fue de los que trajo de nuevo el cólera. Así se amotinaron en el puerto y ya en la capital, desconocieron a Campo, el presidente legítimo y proclamaron a Barrios. Al héroe de Coatepeque y de la plaza de San Salvador, le salió el tiro por la culata. Marga-

rito fue de los que le acompañó hasta Cojutepeque y tuvo que tirar al suelo su arma, mansamente. (Ambrogi, 2000:87)

Es evidente que Ambrogi, por su pertenencia social —provenía de una familia militar por vía paterna—, esté muy a tono y sienta fascinación por Barrios, que era un «héroe» consolidado en esta época para las facciones liberales, y era símbolo del progreso alcanzado por su «ingeniosa» reforma de introducir el café. Por otra parte, y dejando de lado un poco la fascinación de Ambrogi por el caudillo, podemos observar cómo su relato racista pone en inferioridad natural al indígena ante el blanco-criollo, que se traduce en esa atracción que tenía este sector ante el porte, estirpe y presencia heroica y casi divina de Gerardo Barrios.

5. La religiosidad popular y su función económica

El discurso de Ambrogi respecto a la mentalidad religiosa del campesino es muy interesante, ya que por una parte presenta la mezcla de la religiosidad oficial con la parte profana, dando como resultado la doble moralidad que caracterizaba la cultura rural del siglo XX en El Salvador. Mentalidad que se describe a cabalidad en el rezo del santo.

Veamos cómo Ambrogi caracteriza esta parte de la cultura salvadoreña de los años treinta y cómo esta práctica tenía un aspecto económico, con la descripción del personaje principal, el señor Tin, rezador que recorría los pueblos y cantones con camarines de santos y que protagonizaba las ceremonias que algún penitente ofrecía por favores recibidos:

El señor Tin no escandaliza que yo llame «negocio» a la diligencia honesta que él hace con San Jerónimo. Con la mayor naturalidad me contesta ahí patrón nadie quiere dar nada. Hasta los diez riales de la posada quieren captar lo que puedan. Ha hechado una mirada al metate y se me ha ocurrido responderle. Así es señor Tin. Malo anda el negocio. El señor Tin padece de sordera súbita cuando le conviene. Que anda mal el negocio, repito, alzando la voz. Que anda mal, también la gente que no cumple con sus obligaciones para con los santos. Así mismo patrón. No va a creer usted: pero el Damián Flores anduvo con San Antonio del Monte el mes pasado y apenas pudo juntar dieciocho pesos. Caramba señor Tin. De veras que esto anda mero malo. El señor Tin mueve la cabeza en señal de asentimiento, idéntica cosa vi que hacía el cipote

del metate mientras se volaba una jícama. Me levanto. Entro en la estancia. Abro una gaveta que rechina. Y rebañando unas cuantas monedas de níquel, vuelvo al corredor y las pongo en manos del santero. (Ambrogi, 2000:117)

Interesante descripción en la cual se pone de manifiesto una parte importante de la religiosidad popular que de alguna forma representa una contranarrativa con respecto a la religiosidad oficial. Este ejemplo queda muy bien explicado con la práctica del santero representada en don Tin. Los rezadores eran una parte importante de la cotidianidad popular y estaban muy relacionados con las necesidades económicas; sin embargo, también lleva un componente religioso-antropológico, en tanto que el rezador es un especialista de las necesidades de la comunidad rural por ser parte de la misma, y por conocer las parvedades de sus miembros. Estas prácticas estaban muy relacionadas con la bendición para las buenas cosechas, enfermedades, plagas y problemas personales principalmente los de género. No obstante, esta práctica, en la mentalidad de Ambrogi, degenera en la doble moralidad, tal como lo veremos a continuación, en tanto que se mezcla la mentalidad religiosa con

la fiesta profana en los rezos a los santos.

hendiéndole el cráneo pelado.
(Ambrogi, 2000:122)

5.1. El rezo: un espacio de interacción religiosa y profana (la doble moralidad)

La sátira que realiza Ambrogi se centra en cómo en estos espacios de sociabilización se sincretiza el aspecto religioso y el aspecto pagano-cotidiano de la fiesta campesina. Un espacio no solo de interiorización espiritual, sino también un lugar para disfrutar y sociabilizar. Sin embargo, para Ambrogi, como para muchos intelectuales de tendencia liberal, estas prácticas constituyen un retraso cultural que no es congruente con el progreso de la urbanidad moderna:

Los rezos de los santos son por aquí bien frecuentes. Todo el vecindario acoge, con rústica opulencia, al sagrado huésped. Y vaya si por andurriales no caminan peregrinos de esta laya. Entre el cúmulo de rezos, la hieronima no es de las más famosas. Si en casa de las niñas Guerrero reviste esa pompa, es por coincidir la anual visita de San Jerónimo. El rezo castizo, el vero autóctono, es de de Santa Catarina Mártir, la virgen de la cimitarra, el de San Pedro de Alcántara con su gavilla en brazos y el machete como una peineta,

Al observar este relato damos por entendido la visión de desprecio que tenía Ambrogi por la religiosidad popular; esta parte la justifica con base a la doble moralidad que se desarrollaba en los rezos posterior a la parte espiritual.

Un hombre misterioso se desliza, con sigilo, entre los grupos. Trata de pasar desapercibido, y evita que los chuchos le vayan a sentir. El hombre, lleva al hombro unas alforjas. Ese a ver. Le sisean. El hombre desaparece. Es el chaparrero que siempre en tales ocasiones aparece sin saber a dónde sale. En sus alforjas repletas lleva litros de chaparro traído desde alguna de las arrugas de la quebrada en la que algún «socio» tiene montado su tijuil. Cuando ya todo ha terminado el rezo, se levantan una a una y salen al corredor. Es hora de un danzón cubano. De nuevo nadie saca pareja. Todos se concretan a escuchar. (Ambrogi, 2000:125-126)

La crítica a la doble moralidad en el campesinado está muy presente en la mentalidad de Ambrogi, es decir, cómo en un espacio religioso se pueden mezclar la mentalidad reli-

giosa con la profana. Como un espacio de oración y reflexión tiene relación con el alcohol específicamente con el consumo de chaparro, que por la décadas de los años treinta y cuarenta era prohibido. De alguna forma, Ambrogi intenta describir cómo esta práctica de doble moralidad es fundamental en la desobediencia y está muy relacionada con la terquedad del campesinado al momento de acatar las leyes, especialmente las relacionadas al consumo del alcohol. El consumo de alcohol es una temática atacada frecuentemente en los cuentos de Ambrogi, seguramente por su visión liberal, en la cual el consumo en exceso de alcohol es un freno a la racionalidad y al progreso, que no hace distinción de clases, ya hemos visto como en sus cuentos, Ambrogi representa este problema en las diferentes capas sociales, el finquero, el indígena y el campesino en general.

6. La plaga del acrídido o chapulín

En el cuento «Chapulín», Ambrogi describe la mentalidad irracional del campesino salvadoreño, es decir, la falta de sentido común al momento de tratar con las plagas, para ello se presenta lo siguiente:

La noticia cayó inesperadamente al mozo que don Nacho tenía esa mañana aporcándole unas tareí-

tas de milpa, se la dio, al paso, el manco Ulalio que corría, desalado, a llevarla de su madrina Escolástica Pénate, que además de madrina era tía en segundo grado, la notica del chapulín. En la hacienda cuando el chapulín hacia irrupción la costumbre, en lugar de matarlo, como parecía natural y hasta humanitario, era arrearlo hasta que lograban sacarlo del litoral. Ya fuera de ahí, les importaba un ardite que se repesa en las siembras de los infelices colindantes. Don Nacho imploraba la misericordia divina, que nunca llega cuando se le necesita. (Ambrogi, 2000:106)

En lugar de matarlos de la forma tradicional, según Ambrogi el campesino los tiraban a sus colindantes, veamos un poco la ambigüedad en su pensamiento, por una parte en párrafos anteriores hemos visto como el autor se decanta por la nobleza del campesino, sin embargo en esta parte Ambrogi critica la falta de sentido común que lo hacer inferior, no solo por ser de un estrato social más bajo que el criollo, sino también por su falta de racionalidad.

7. El paternalismo y el machismo del campesino

El paternalismo en la cultura rural salvadoreña ha sido una continuidad a lo largo de la historia. Este paternalismo descrito por el costumbrismo de Ambrogi está «calcado» en su cuento «Bruno», en el que el señor Conse desapruueba y prohíbe la relación sentimental y un futuro casamiento entre su hija Úrsula y su novio Bruno:

Te lo dije que dejarás en paz a la Úrsula y veo que vos seguís siempre en tu necesidad. Pero señor Conse, dijo Bruno, No ay señor Conse que te valga. Yo te estoy vigilando de mirarte siempre apegado a la muchacha como una garrapata. O la dejas en sosiego, o te las tienes que ver conmigo, hay ve vos escoge. Bruno se quedó plantificado. Contemplando con ojos inmóviles como el tata de la Úrsula iba alejándose. Durante largo tiempo siguió la silueta que se achicaba, que se iba alejándose. Hasta entonces Bruno abandonó su actitud; restregándose los ojos con el dorso de la mano empuñada a medias y con cansina voz refunfuño para sí: sea por el amor de Dios hay Gente Torcida. (Ambrogi, 2000:128)

Ambrogi representa la costumbre paternalista del campesino salvadoreño. Sin embargo, la idea central

de este cuento más bien es ilustrar cómo la mujer campesina, representada en Úrsula, está sumisa a la voluntad del padre. En «El Jetón», Ambrogi presenta a la mujer como una cosificación, como un objeto sexual, en este cuento representa a la mujer rural sin voluntad, sumisa sin deseos, sin personalidad propia al no poder tomar sus propias decisiones, que en este caso sería la de casarse con Bruno ante la negatividad de su padre:

La muchacha (Úrsula) sintió una aguda desazón. Su rostro, soltó a reír. Era un reír menudo, picadito, como el gorgoriteo de una chiltota de cajeta, que estuviese picoteando un zapote maduro y se escoriase en ello. Bruno abandonando la mano, dejó caer los brazos, abatido. Acongojado pregunto. Porque te ríes. La muchacha contuvo su disgusto con una corriente broma. La pregunta te merco Bruno. Entonces. Te quiero, bruto te quiero, te quiero animal, A nadie más que a vos. Por este chiquero. Bruno pareció reflexionar y luego apremió. Porque no te casas conmigo aunque tu tata no quiera. La muchacha espantada ante el ex abrupto exclamo: No eso nunca. Si mi señor padre no quiere, me quedo a vestir santos, pero yo no sé salgo con jangada... Si mi señor padre no quiere, me quedo a vestir san-

tos. (Ambroggi, 2000:135)

La voluntad de la mujer esta sumisa al padre, rasgo característico de la cultura paternalista que pervivió en la campiña salvadoreña durante gran parte del siglo XX.

8. ¿Para quiénes escribía Ambroggi?

El lector-receptor de los cuentos de Ambroggi está determinado por la pertenencia de clases. El público que estudió sus cuentos era una minoría alfabetizada concentrada en las ciudades, principalmente en San Salvador, en tanto que a lo largo del siglo XX el analfabetismo fue una constante en la sociedad salvadoreña. Según Jaime Miranda, hasta 1980, el 76.8 % de la población analfabeta se concentraba en el campo (Miranda, 2016:1). Cierta grupo de intelectuales, como Rafael González Sol (1932) y Napoleón Viera Altamirano, condenaron el levantamiento armado de 1932. Sin embargo, trataron de dar respuestas a esta problemática desde un punto de vista crítico, enfocado en las malas condiciones económicas y sociales del campesinado generadas por la intransigencia de la elite criolla cafetalera, de no mejorar las condiciones del campo. Al mismo tiempo, intentaron aportar una posible solución con el objetivo de evitar futuras revueltas. Ha-

cia este público, y muy relacionado con esta temática de denuncia, era el tono del discurso que usó Ambroggi en uno de sus principales cuentos: «El Jetón», cuya dedicatoria está dirigida a Napoleón Viera Altamirano (González Sol, 1932). También otros cuentos como «La siguanaba», estaban destinados a un tipo de lector especializado y relacionado con la temática del agro. Por ejemplo, Ambroggi dedica el cuento la Siguanaba a Ramón González Montalvo, escritor relevante y pionero del género literario agrícola (González Sol, 1932). González Montalvo fue alumno de Ambroggi en lo que respecta a las artes literarias. Otro aspecto es que sus escritos estuvieron consagrados a miembros prominentes de la oligarquía. Uno de estos fue Alfonso Rochac, a quien le dedica el cuento «La merca del acordeón» (González Sol, 1932:140). Como podemos observar, la literatura de Ambroggi no tuvo pretensión de ser popular. En efecto, el autor en cuestión estuvo determinado por su contexto y su pertenencia social al momento de dirigir su obra a un público cercano a sus ideales, su profesión y su clase social.

9. Conclusiones

De acuerdo con Ítalo López Vallecillos, *El Jetón* es la obra más madura de Ambroggi. Arturo Ambroggi nació

en 1875 en San Salvador y murió en la misma ciudad en 1936, año en el que se publicó *El Jetón y otros cuentos*. Sus padres fueron el Gral. Constantino Ambrogi y doña Lucrecia Acosta. Ambrogi perteneció directamente al estamento militar, y por tanto tuvo que estar ligado al gremio cafetalero, ya que muchos militares de finales del siglo XIX y principios del XX fueron propietarios de plantaciones de café. En *El Jetón...* Ambrogi demuestra una cierta preocupación por la desestabilización social que enfrentaba El Salvador en los años treinta, por causas muy diversas que Ambrogi retoma en su cuento principalmente el conflicto étnico-social criollo-indígena que se daba en las fincas de café ocasionado por la intransigencia del cafetalero inmoral, promiscuo, autoritario y explotador, que propició un odio de clases en el campesino indígena. Para Ambrogi es muy importante que esta situación se mejore, no porque sea una voluntad moral adecuada, sino más bien para evitar futuras revueltas sociales.

Esta postura es muy similar a la doctrina planteada por los laboristas ingleses en el *mínimum vitae*, que pregonaba, entre otras cosas, las mejoras sociales de las clases subalternas por medio del desarrollo de las condiciones de vida mínimamente adecuadas con

la finalidad de evitar las luchas y desestabilización social. Sin embargo, esta idea no queda clara en el pensamiento de Ambrogi en tanto que lo quiere adaptar a la realidad salvadoreña de los años treinta y su pertenencia a la clase cafetalera criolla lo hace observar con menosprecio al indígena. Si bien Ambrogi menciona que el odio de clases es causado por la intransigencia del cafetalero criollo y que por tanto se deben mejorar estas condiciones para evitar revueltas sociales, da por sentado que la superioridad del hombre blanco es natural sobre el indígena, simplemente porque es más fuerte y porque es más apto, y que el indígena también por su condición natural de inferioridad tiene que padecer la exclusión social. Esta mentalidad es muy típica de la época en muchos intelectuales, un ejemplo de ello es David J Guzmán.

En los otros cuentos, Ambrogi describe simétricamente la realidad campesina salvadoreña, paternalismo, machismo, religiosidad popular, y conductas determinadas por el medio social según la visión del autor. Sin embargo, podemos concluir que la representación del campesino rural de la época y de su cultura en general en la mentalidad de Arturo Ambrogi está determinada por su pertenencia de clase social y por el contexto histó-

rico. Es evidente, y era la tendencia en general, que el Ambrogi mirará con desprecio y de forma racista al indígena. Pero lo interesante de su pensamiento es la crítica —que no es socialista, sino más bien de tendencia liberal reformada— la situación social del campo y que presentará a sus protagonistas como intransigentes a los cambios que, en este caso, son los finqueros cafetaleros y que de alguna forma sus cuentos hicieran tomar conciencias en las elites sobre la necesidad de cambiar esta situación por el bien del país y de alguna forma evitar conatos populares ligados a otro tipo de tendencias subversivas. Esta parte se comprueba cuando observamos sus dedicatorias. Evidentemente sus cuentos no estaban dirigidos a un público popular. El lector receptor era una minoría letrada que en algunos casos fueron cafetaleros prominentes de la oligarquía, o colegas escritores; sin duda, la idea, como se ha repetido, era crear conciencia sobre la necesidad de mejora de las condiciones sociales en la campiña salvadoreña, por el bien de la estabilidad social.

Bibliografía

Alvarenga Patricia, *Cultura y Ética de la violencia: 1880-1932*, San José, EDUCA 1996. Ambrogi Arturo, *El Jetón y otros cuentos*, San Salvador: UCA EDITO-

RES 2000.

Fuentes hermerográficas.

González Sol Rafael, "La vida de los campesinos salvadoreños", En *El Café de El Salvador*, Vol. II, No XVI, 1932.

Lauria Aldo Santiago y Gould Jeffrey, "Nos llaman ladrones y se roban nuestros salarios: hacia una reinterpretación de la movilización rural salvadoreña, 1929-1931, En, *Revista de historia*, San José, UCR, 2005, enero-diciembre, no.51-52.

La tribuna "Luis Zelaya mató una vaca de don Pedro Ruiz para comérsela en la hacienda Quirabuela". En *La tribuna bisemanario de Usulután*, Usulután 2 de Junio de 1930.

La Prensa Grafica, "Hecho en una finca: De un machetazo casi le cercenan un pie por cortar una matita". En *La Prensa Grafica*, Domingo 24 de septiembre de 1939.

Fuentes de archivo.

AGN, Fondo Sección Juicios Criminales, "Juicio Criminal a Santiago Téllez y Santiago Cortez por el hurto de don Roberto Guirola 3 de enero de 1920", Caja 91, Folio 1.

Tesis

Sevillano Dennis, "La Política rural de mejoramiento social del general Maximiliano Hernández Martínez 1934-1950 y la transformación del paisaje geográfico del valle de Zapotitán". Tesis de Licenciatura en historia. Universidad de El Salvador 2012.

Páginas web.

Isabelroman hacia una delimitación del costumbrismo http://institucional.us.es/revistas/filologia/3/art_13.pdf, consultado 17 de abril de 2016.